

Personajes y escenarios

Adriana Barraza.

Actriz en cuerpo y alma

ANA CRUZ



Tanto la actriz Adriana Barraza como la cineasta Marcela Fernández Violante son ejemplos de dedicación, esfuerzo, talento y logros para las mujeres en el cine y la televisión de México. Cada una a su manera, dentro de su campo de trabajo, han abierto una brecha para que creadoras y técnicas tengamos más oportunidades laborales y seamos reconocidas en nuestro propio país.

Marcela, estudiante del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC), hereda de Matilde Landeta (1910-1999) la estafeta de la dirección fílmica femenina cuando debuta con su ópera prima, *De todos modos Juan te llamas*, en 1974. Después de Marcela, habrán de pasar muchos años más —de hecho, hasta el surgimiento de toda una nueva generación de cineastas egresadas de las escuelas de cine en la década de los ochenta— para volver a encontrar la presencia de realizadoras en el terreno del cine. A la fecha, Fernández Violante cuenta con siete largometrajes, un par de documentales, un sinnúmero de ensayos y colaboraciones cinematográficas y una larga labor como Secretaria General del Sindicato de Trabajadores de la Producción Cinematográfica de la República Mexicana.

Por su parte, Adriana Barraza se abrió paso en las pantallas nacionales hasta ocupar un lugar relevante en el cine y la televisión. En 2006, el mundo entero la reconoció por su papel en *Babel*, película de Alejandro González Iñárritu, al obtener una nominación al Oscar de la Academia Americana de Artes y Ciencias. A partir de entonces, la carrera de Adriana se catapultó al ámbito internacional.

En julio, la Asociación de Mujeres en el Cine y la Televisión de México, A.C. rindió homenaje a ambas artistas por su trayectoria. Enhorabuena por la decisión de reconocer el trabajo de estas dos grandes. En el marco de este homenaje, comparto en esta columna una entrevista que Adriana Barraza me concedió en Los Ángeles, California, poco después de la ceremonia de los Oscars del 2007. Desde entonces, Adriana no ha conocido descanso: las ofertas de tra-

bajo se han multiplicado y ella ha sabido administrar su tiempo en proyectos en los que cree, sin pensar en el éxito taquillero o los premios *festivaleros*.

Recientemente, Adriana terminó el rodaje de la película argentina *Azucena, 375 días*, dirigida por Raúl Rodríguez Peila y basada en la vida de Azucena Villaflor de Vicenti, defensora de los derechos humanos y fundadora del movimiento conocido como Las madres de Plaza de Mayo, en Buenos Aires. Durante su breve estancia en la Ciudad de México para participar en la película *Tres piezas de amor*, bajo la dirección de Salvador Aguirre, pude conversar de nuevo con ella.

Nacida en Toluca en 1954, Adriana es una mujer sorprendente. La primera cita con ella y Arnaldo Pipke, su compañero, es más una especie de reencuentro con una vieja amiga; una entrañable y adorable *cuata* de toda la vida. Precisamente ésa es una de sus cualidades: su habilidad para hacerte sentir cercana, envuelta en su afecto, cautivada por su cálida personalidad. Así inició esta entrevista y mi amistad con Adriana, arropada por su sonrisa y su inteligencia.

Ana Cruz: *¿Qué es lo que te hizo decidirte por la actuación?*

Adriana Barraza: La verdad, fue por casualidad. Quería ser bailarina de ballet, pero en la preparatoria tuve que elegir un taller obligatorio de ballet clásico, teatro o básquetbol. Como la fila de ballet clásico era muy larga, no me quedó más alternativa que quedarme en teatro. ¡Treinta y siete años después de esa decisión estamos aquí platicando de mi carrera y de la nominación al Oscar! Sergio Jiménez solía decir: “Uno no elige su profesión; la profesión lo elige a uno”. Yo creo que sí. El escenario me eligió: me abrió sus brazos. Yo buscaba un lugar donde ser querida y lo encontré en el escenario.

¿Es importante la formación académica de un actor o actriz?

Absolutamente. Muchas veces, los alumnos cuestionan la formación académica y defienden a los actores que se hacen en las tablas, pero considero que la academia, en cualquier circunstancia, pero sobre todo en las artes, te permite ahorrar tiempo y contar con elementos para que puedas descubrir tus mejores herramientas. Yo estudié la carrera de química y, paralelamente, de manera autodidacta, actuación. Mi grupo en la Universidad Autónoma del Estado de México era muy pobre y, sin embargo, todo el tiempo estudiábamos y ensayábamos.

¿Cuáles son tus primeras experiencias profesionales en el escenario?

Cuando empiezo mi vida profesional ya tenía quince años de hacer teatro universitario. Con la ayuda de Martha Luna y Víctor Hugo Rascón Banda decido venirme a la Ciudad de México para abrirme camino sola, con una hija. Martha me lleva a trabajar como su asistente en una obra escrita por Sabina Berman, con Rosa María Bianchi. Era una espectacular puesta en escena de Julio Castillo. Para mí se abre todo un mundo nuevo. Después entré con ella a Televisa, y de repente me doy cuenta de que desarrollo un trabajo profesional en la televisión: gano dinero por hacer algo en el espacio escénico.

¿Cómo es tu relación con la televisión?

Muy disfrutable. La televisión me da tiempo, espacio y un sueldo para dedicarme a aprender. Después de mi época como asistente empecé a actuar en telenovelas. Aprendí que como actriz cualquier espacio es digno, si tú lo haces digno. Además, trabajar en la televisión me dio una carrera como maestra y un aprendizaje profundo en lo tocante a la investigación actoral, así como la posibilidad de estudiar dirección y montar mis propias telenovelas. Finalmente, me permitió



encontrar una técnica diferente como actriz de televisión.

En las telenovelas, además de contar una historia romántica, ¿te interesa dar otro tipo de mensajes?

No. Considero que no hay que buscarle tres pies al gato. Desde mi punto de vista, el trabajo en las telenovelas requiere amplitud. No podemos pedir lo mismo que en una obra de teatro. Si voy a hacer un clásico, obviamente voy a requerir de otro tipo de especulación e introspección. La televisión es un medio industrial y uno debe saber dónde está parado.

El trabajo docente ocupa un lugar muy importante en tu vida. ¿Cómo te ves a ti misma como maestra?

Siendo muy jovencita vivía en Chihuahua. Allí se dio la posibilidad de dar clases y ocupé una plaza. Enseñaba a jóvenes de mi misma edad, y como siempre he sido muy dura conmigo misma y en extremo disciplinada, pues era durísima con ellos. Me decían “la Maestra de la Santa Inquisición”. Con el tiempo, la vida me enseñó que ser maestra es otra cosa. Entonces empecé a disfrutar el hecho de poder ayudar a un joven o a un alumno de edad madura a encontrar su vocación, o a darse cuenta de que la actuación no es su camino. A veces es muy doloroso, pero uno debe ayudar a sus alumnos a darse cuenta de que no son actores, ¡porque no todo

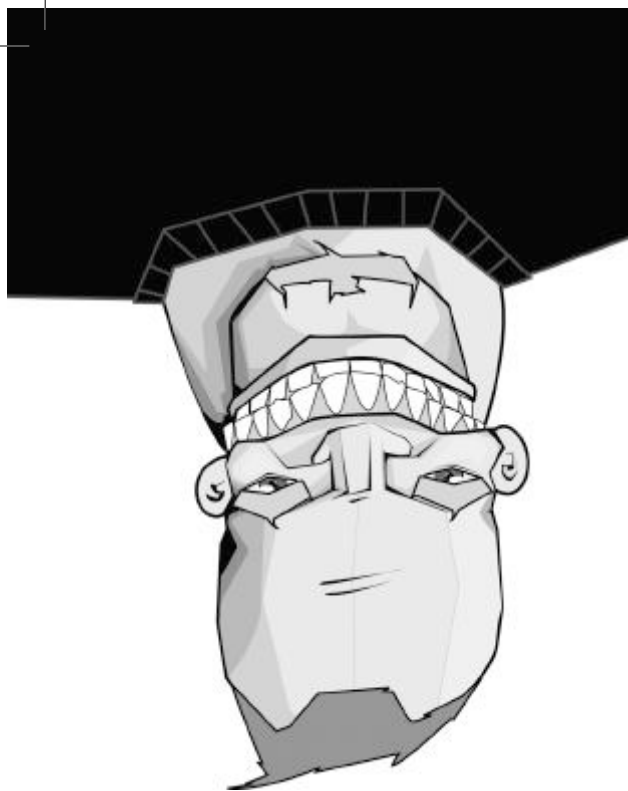
el mundo es actor! Considero que es una bendición de Dios ser maestra, y espero poder dar clases hasta el último día de mi vida.

¿Cómo llegas al cine después de tu paso por el teatro y la televisión?

Mi entrada al cine se la debo a Roberto Gómez Bolaños *Chespirito*. Cuando grabé la telenovela *Alguna vez tendremos alas*, escrita y dirigida por Florinda Meza, un día se me acerca don Roberto y me dice: “Tú deberías hacer cine”. Así que cuando él llega a ser director de Televisión, inmediatamente me convoca a audicionar para *La primera noche*, una película dirigida por Alejandro Gamboa. Ahí conocí a Manuel Teil, director de *casting*, y aunque tenía grandes temores por mi trabajo en televisión, me quedé con un pequeño personaje de esa película que tuvo mucho éxito. Después conocí a Carlos García Agraz, quien me invitó a hacer *La paloma de Marsella*.

¿Cómo llegas a Amores perros?

Manuel Teil me llamó para hacer una audición. Alejandro González Iñárritu y Guillermo Arriaga llevaban mucho tiempo buscando a la actriz que interpreta a la mamá. Llegué y entré en un salón muy grande, con una mesa larga, larga. Alejandro me dijo: “Vamos a improvisar las escenas de la mamá cuando está sola”. Me coloqué y me puse a limpiar la cocina.



Me acuerdo que tallaba llena de coraje. Ellos cuchicheaban entre sí. Finalmente, cuando terminó la audición, Alejandro me dijo que podía pasar a firmar mi contrato.

¿Qué te pareció el guión de Amores perros cuando lo leíste por primera vez?

Me desconcertó. Le dije a Manuel Teil que no podía aceptar el papel porque pertenecía a Greenpeace y en el filme había maltrato de animales. Después me explicó que los perros estaban totalmente protegidos.

¿Qué sentiste por el personaje de la madre?

Una gran compasión. Conchita, la mamá de Ramiro y Octavio, interpretados por Marco Cruz y Gael García Bernal respectivamente, es una mujer como tantas otras en el mundo: abandonada, olvidada, que tiene que manejar la frustración para seguir adelante con su vida. Hay tantas mujeres así que entendí a mi personaje perfectamente.

¿Cómo te preparaste para desarrollarlo?

Fue Alejandro González Iñárritu quien me ayudó a encontrar otra manera de actuar. Entré en otra corriente de actuación, porque él pedía y pedía y pedía muchas tomas. Sin embargo, al principio yo no entendía su proceso. Al terminar cada llamado le comentaba a mi hija que sentía que el director me odiaba. Concluida mi participación en el rodaje, Alejandro me despidió con estas palabras: "Siempre me sorprendiste, porque te pedía algo y tú me lo dabas, más otra cosa; entonces eso hacía que yo te pidiera más". Cuando me senté y vi la película por primera vez, entendí que Alejan-

dro quería desdramatizar la obra, lograr que todo pareciera como en la vida real: una mezcla de emociones, sentimientos, miradas complejas, dolor, esperanza, vacío, soledad, impotencia...

¿Pensaste que González Iñárritu no te volvería a llamar?

No pensé nada. Yo no volví a actuar en cinco años. Cuando Alejandro me propuso una audición para uno de los personajes protagónicos de su siguiente película, casi me desmayo de la emoción. Me mandó seis escenas del guión y cuando las leí le pedí a Dios que me dejara interpretar este maravilloso personaje, porque actoralmente era una gran oportunidad. Se trataba de un papel trágico, épico, universal.

¿Fue difícil interpretar a Amelia?

Fue un gran reto. Tuve que subir quince kilos de peso, porque Alejandro quería una imagen que no era la que yo tenía. Quería que mi rostro fuera el de una mujer morena, para que fuera más identificable con la mayoría del pueblo mexicano, y yo soy muy blanca; entonces había que hacer muchos cambios. Lo que más me interesaba era darle vida a una mujer que se ha olvidado de su cuerpo, porque en todo el mundo, no solamente en México, las mujeres llevan familias enteras sobre sus hombros. Específicamente me conmueven mucho las mujeres que cruzan la frontera y dejan a sus hijos para ir a cuidar a otros hijos, a los que quieren como si fueran propios. Para prepararme, empecé a hacer una investigación de lo que es el asunto migratorio. El equipo de Alejandro preparó una investigación espeluznante y me la entregó. La leí y me quede pasmada ante la tragedia que sucede en la frontera, pero finalmente mi gran inspiración fue Julia, la nana de Alejandro.

¿Cómo fue que te inspiraste en Julia?

En Tijuana, Alejandro y yo tuvimos una plática en la que me dijo: "Quiero contar la historia de mi nana Julia". Entonces me puso el video de la boda del hijo de Julia, en México. "Quiero hablar", me repitió, "de los seres invisibles que cruzan las fronteras todos los días. Porque los hombres son visibles, pero las mujeres no existen".

Quizá ninguna expresión de la creación humana ha sido tan versátil en su fondo y al mismo tiempo tan estática en su forma como la literatura; prácticamente todos los momentos y las sensaciones de la vida del hombre en nuestro mundo —desde que existe un lenguaje y una forma de escribirlos— han sido abordados por ella, desde diversos ángulos.

El amor, por ejemplificar con uno de los temas más recurridos en la historia de la humanidad, ha sido el eje central de un sinnúmero de novelas, poemas, aforismos, leyendas y epopeyas. Ha despertado la inspiración de los grandes escritores de la literatura universal. A su vez, ha sido estudiado y analizado en millones de ensayos literarios, históricos, filosóficos, psicológicos y políticos, así como en diversos escritos científicos de índole biológica, física, química y sociológica.

En Google, la búsqueda de la palabra *amor* arroja cerca de 231

Identidades subterráneas El nuevo alfabeto o el matrimonio Kindle-iPod

BRUNO BARTRA

millones de sitios de internet que la incluyen, mientras que la misma palabra en inglés, *love*, despliega aproximadamente 2,370 millones de documentos. En una búsqueda aún más abierta, la de la letra *a*, posiblemente presente en todos los textos del alfabeto latino, el portal —ganador del Premio Príncipe de Asturias de Comunicación del presente año— muestra cerca de 20,440 millones de resultados.



¿Pusiste en riesgo tu salud por interpretar a Amelia?

Todos estuvimos en riesgo en un momento dado. El día que yo tuve complicaciones se fueron cinco personas al hospital. Antes de esa película ya había sufrido dos infartos, así que tenía que cuidarme. Debía filmar la escena cumbre en el desierto de las ocho treinta de la mañana a la una de la tarde. Es la escena donde grito: “¡Auxilio!”, veo que viene la patrulla y posteriormente me aprehenden. Había una temperatura de 50° C y yo temblaba. Se me bajó la presión, no podía respirar y estaba muy afligida.

Alejandro habló conmigo y con mi esposo, que también es mi representante, y nos dieron la opción de cortar el llamado. Entonces, una fuerza interior me impulsó a seguir. Habrá quienes opinen que fue una estupidez, pero para mí era un deber. Mi esposo y yo también somos productores y sabemos lo que significa cortar a la mitad del llamado. Pedí que me dieran dos horas: me pusieron oxígeno, dormí un rato y salí a hacer la escena final del desierto, una de las más significativas de mi vida.

¿Crees que fue la escena que te valió la nominación al Oscar?

La vida de una actriz puede definirse en una escena, a través de la cual va a ser recordada para siempre. Hay muchos casos en la historia del cine y del teatro. Sin embargo, yo creo que una actriz se hace todos los días. La escena del desierto fue muy importante, pero también lo fue la siguiente, y la siguiente. Espero nunca sentir que “ya la hice”, porque quiero seguir siendo Adriana Barraza, esta señora que sin Oscar, sin nominaciones, sin nada, sigue trabajando, tiene que seguir trabajando, entregándose a su trabajo en cuerpo y alma. ~